

LA CIUDAD INVISIBLE DE LUIS JAVIER GAYÁ

por Xuan Bello

Roma ya es una ciudad invisible, una ciudad de la memoria, como aquellas que Italo Calvino construyó sobre el cristal del ensueño y la melancolía. Luis Gayá nos la ha recuperado desvelando su luz, devolviendo a nuestro recuerdo aquel manto dorado que cubría sus calles, entrevisto en tantos atardeceres, y que se desparrama ahora en sombras fantasmagóricas que ya eran parte de mí, es cierto, pero ahora que aparecen iluminadas por el pintor temo menos que se debiliten y se apaguen tartamudeando. Roma, esa palabra que reflejada en un espejo descubre un secreto a voces, es ahora algo que se musita con melancolía, quizás hasta con vergüenza. Ahora poseo para siempre, junto a la orilla deshinchada de la conciencia, en el borde de la memoria, ese rumor de fuentes en cada esquina, la perspectiva ribereña de la Via Giulia, la disposición acogedora de Campo di'Fiori, el Pantheon, el Puente Sisto, el Trastevere, los Foros Imperiales, la Piazza Esedra dando la bienvenida a los viajeros que llegan a la Estación Termini. Todos estos nombres ya tienen una historia: en ellos fui y ya no soy. Mi sombra ahora también le pertenece.

Fui a Roma, tengo que confesarlo, sin saber nada de la ciudad, sabiendo demasiado por libro. La Academia de España, en San Pietro in Montorio, número 3, fue unos meses mi casa, como fue la casa de este pintor que ha conseguido, y no es poco, arriesgarse sobre los bordes del prodigio: retener la luz sin domesticarla. Tantas horas pasadas en la Sala de los Retratos, mientras intentaba desentrañar ese enigma vivo de lo que la ciudad era, ¿se perderá ahora en los dominios de la nostalgia? No creo. La nostalgia es una bestia que muerde el corazón, que lo hace sangrar; y ahora admiro estas pinturas y veo el

inmenso magnolio del jardín, el gato Leone desperezándose al sol junto al estanque, Pietro el jardinero refunfuñado y todo vuelve a ser, en la mañana luminosa, una promesa de que nada cambia, de que todo seguirá siendo más o menor estable en su belleza. A Roma fui y como en aquellos finales del verano de la juventud son prudentes las imperceptibles lágrimas.

Esta prosa sentimental la han provocado los cuadros de Gayá y quisiera ahora seguir el ritmo de aquellos músicos albaneses de la Piazza San Calisto que tocaron, mientras me tomaba una cerveza, una canción amiga y pasada de moda. Quiere tararear la melancolía tan sólo, acariciar el alma del lector como la ciudad acarició la mía y como lo hacen estos paisajes junto al Tíber de Gayá, tan reales en su irrealidad que tienen la capacidad de entreabrir una puerta de misterio en el muro de la melancolía. Quiere ser fuerte y añadir un poco de belleza al mundo, en realidad poca cosa: compartir, un momento sólo, la emoción de quien deja un tesoro, y sabía de antemano que lo tenía que abandonar, y ahora cuenta lo que ha visto. En todo ello hay dolor y emoción y agradecimiento. Ayer todo era realidad, cotidianidad: hoy hasta el paso rápido de los tranvías por el Largo Argentina, los gatos maullando levemente en el Área Sacra, acaba convirtiéndose en fábula.

El verdadero viaje, ya se sabe, comienza cuando ya se ha regresado. El viaje de la memoria añade matices, descubre cosas que no habíamos percibido, las perfila y matiza reviviendo situaciones que sólo habíamos vivido de una manera inconsciente. Luis Gayá ha estado en Roma: estará en Roma siempre puesto que esta ciudad, gracias a él, es un río que inunda el mundo de sol, de la melancolía, de calles que descienden suavemente hacia nuestra memoria.